LA TRADUCCIÓN POÉTICA Y SUS PROBLEMAS

ROSA CASTILLO COFIÑO

Universidad de Santiago de Compostela

Acaso sea el haberme pasado muchas horas de mi vida dedicada al duro oficio, aunque apasionante, de la traducción poética, lo único que me autorice a hablar aquí, después de lo mucho que se ha disertado sobre este asunto, pero como son muchas y cambiantes las dichas y desdichas de este oficio, creo que vale la pena dedicarle unos minutos a comentar algunas vivencias y experiencias, lo más personales posible de dicho oficio.

Tenemos que partir de la base que la traducción poética es un medio de comunicación muy específico, entre otras razones porque comunica a seres de formación y sensibilidad también muy especial y desdibujada. Esto nos lleva a considerar, y repetir una vez más, si los textos poéticos se deben o no traducir en verso. El profesor García Yebra dice en su libro *En Torno a la Traducción* que éste es un problema insoluble. En efecto, y por fortuna, así seguiremos discutiéndolo y no corremos el riesgo de que se nos quede muerto el asunto, y de la discusión alguna luz saldrá y acaso también se deje oír la voz de la experiencia. He de confesar, sin embargo, y con toda claridad, que de momento mi punto de vista es intransigente: la poesía debe traducirse en verso, aunque ese será el origen de gran parte de sus dificultades. Creo que traducir una obra poética en prosa es cometer una infidelidad literaria, más aún, una infidelidad poética, sólo lo admito cuando está hecha con fines didácticos o de divulgación, como por ejemplo: *Shakespeare Tales* de Charles y Mary Lamb en donde se ha prescindido de la poesía del original al trasladar la obra al idioma moderno y donde la lengua cuenta menos que la acción. Traducir textos en verso o textos en prosa son oficios distintos y tiene distintas exigencias.

El oficio de traductor de poesía es muy particular, como hemos dicho: es un saber hacer que se va aprendiendo, es una tarea no fácil para no dejar escapar lo sútil y alado que tenga el original, es una destreza que se va desarrollando paralelamente al progresivo conocimiento que va adquiriendo el traductor en el campo de la poesía, es un oficio lento, amoroso, como toda artesanía, y será bueno pasar por alto, sino total parcialmente, los sistemas de traducción establecidos por lingüistas y teóricos de la traducción, aunque no ignorarlos porque son los que nos darán la base científica, y digo esto porque los problemas con que se encuentra el traductor son sólo suyos. En su lucha con diccionarios grandes y chicos, en su lucha con otras traducciones del mismo texto o con palabras que no le acaban de gustar no tiene normas es una lucha personal e intransferible.

Centro Virtual Cervantes

Muy importante es tener siempre presente al lector, él será el recipiendario de nuestro trabajo y el que con la lectura de una buena traducción de un bello poema enriquecerá su espíritu, o, por el contrario, será víctima si la traducción no es buena. Un buen lector de poesía que sea capaz de captar un texto poético en su plenitud siente la necesidad, no exenta de cierta conciencia de profanación, de hacer partícipes a los demás, a los que ignoran la lengua de origen, de toda aquella belleza en la que él sí participa, por lo tanto su autoimpuesta misión será la de acortar distancias entre un texto y otro en el intento de que lo traducido quede muy cerca, poética y sentimentalmente, del original, y muy cerca también, por supuesto, del lector ignorante de la lengua extranjera, labor, evidentemente, mucho más difícil cuanto más distantes sean las dos lenguas la de origen y la receptora. Como traductora de literatura inglesa y poesía hebrea he experimentado lo que es obvio: que el abismo que separa la castellana, tanto estética como ideológicamente, de la segunda es mucho más hondo que el que la separa de la literatura inglesa, pero el traductor tendrá que llegar en ambos casos al mismo resultado, lo que supone, no sólo mayor dificultad en un caso que en otro, sino que se requiere distinto talante del traductor, o lo que es lo mismo que tiene que colocarse ante cada uno de los textos en distinto estado intelectual y anímico en lo que la intuición tendrá mucho que decir. Y como cada palabra del poeta es única el traductor tendrá que echar mano de todos los recursos que le ofrezca su idioma para conseguir ese acercamiento de que hablamos y para que a los supuestos lectores de una traducción poética ésta les guste, tanto, por lo menos, como le guste al traductor el original, y conseguir trasladar, no sólo las descripciones poéticas y pensamientos, lo que siguiendo alguna de aquellas teorías de lingüistas y teóricos de la traducción no sería demasiado difícil, sino trasladar la «poesía», la «belleza», lo inconmensurable del texto original, el «donaire», que decía fray Luis de León. Esto sólo se puede conseguir, si se consigue, en traducción poética.

¿Cómo conseguirlo? Estoy por decir que no lo sé, la experiencia es siempre limitada y no hay normas, ni nunca las habrá, ni sé siquiera si yo lo he conseguido alguna vez, más «helo pretendido hacer», como dice también fray Luis de León, y que la traducción sea tan bella como el original.

No vamos a repetir lo que se ha dicho hasta la saciedad, y con todo acierto, que el traductor tiene que ser un buen conocedor de ambas lenguas, tener sensibilidad literaria, etc. En lo que sí creo que hay que insistir es en que será la intuición del traductor la que va a resolver muchos problemas, a la que Dámaso Alonso da tanta importancia, él que nos ha dejado tan bellas muestras de traducción.

Acaso sea aconsejable para colaborar a alcanzar este deseado fin recurrir a la técnica de establecer *in mente*, como requisito previo a su trabajo, una relación entre el texto que se va a traducir y el tipo de poesía de su propia lengua que más se le parezca en cuento al ritmo, forma, sentimientos expresados o ambiente, aunque esto se note en la traducción no importa, si el verso traducido suena a uno de Garcilaso, o a un romance, o a un verso de San Juan de la Cruz habremos concentrado mucha poesía. Así, por ejemplo, veamos unos versos de Emily Brontë: «Cuando yo no soy y nada es / ni tierra ni mar, ni cielo sin nubes / sino el alma que va de vuelo por la infinita inmensidad». ¡Qué bien están aquí estas palabras de San Juan de la Cruz! A ese *Wandering wide / Trough infinity inmensity* qué bien le sienta al alma de la

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Rosa CASTILLO COFIÑO. Traducción poética

Centro Virtual Cervantes

escritura el ir de vuelo. Otro ejemplo: en un poemilla de Samuel ben Nagrella, poeta hispano-judío del siglo XI, en el que se le da la bienvenida a la primavera dice: «Ya llegó la primavera a nuestra tierra, / una canta y otra responde desde lo alto de la enramada». No queda esto nada mal. Este ejemplo lo recoge el P. Shokel en el capítulo III de su libro *La Tradición Bíblica: Lingüística y Estilítica*, donde habla de influjos y semejanzas.

¿Es acaso el traductor de poesía creador de poesía? Dice Octavio Paz que la traducción poética es una operación análoga a la creación poética, sólo que se despliega en sentido inverso. La indiscutible autoridad de Octavio Paz nos obliga a considerar este punto. Quizá sí sean operaciones gemelas, como él mismo dice más adelante, pero no creo que en ningún modo sean análogas, independientemente de que el valor de una poesía original es siempre superior a esta misma traducida, lo que sí es cierto es que el traductor colabora muy eficazmente con el poeta en su intento de comunicarse con los demás ampliando hasta unos límites inseguros y cambiantes esa comunicación, cuanto mayor sea la sensibilidad poética del traductor más amplia y más intensa será esa comunicación. El único material de trabajo de ambos es el lenguaje, pero para el poeta es material en movimiento, para el traductor es fijo aunque vivo, éste tiene un conocimiento previo del texto, el poeta no, luego el traductor pisa un terreno más seguro, menos movedizo y sabrá hasta dónde ha llegado el poeta, éste normalmente desconoce el final, luego el traductor juega con ventaja y acaso recurre en poemas largos, a la trampa de empezar a trabajar por las últimas estrofas y no por las primeras, trampa que le dará aún más seguridad. Hay un tipo de traductor que acaso sí sea creador, pero también corre el riesgo de que la suya sea una excesiva recreación, estos son los que huyendo de la traducción propiamente dicha recurren a la paráfrasis. De este caso voy a poner sólo el ejemplo de Menéndez y Pelayo, a quien entusiamaba el *Himno de la Creación* de Yehuda ha-Leví, poeta judeo-español del siglo XII que escribió una paráfrasis a mi juicio excediéndose en la hipérbole, con lo que el poema pierde mesura, que siempre la habrá en el original por muy metafísico que sea el poema.

Es cierto que el lenguaje es el único instrumento que tiene que manejar el traductor, pero no solo es el texto lo que nos preocupa, sino también la persona del escritor, y cuanto más difícil sea su poesía más importancia tendrán las circunstancias que en él concurran: circunstancias de formación, intelectuales, familiares, sus ideas filosóficas o religiosas. En estos últimos años me ha dado por frecuentar el Romanticismo inglés, y en especial las hermanas Brontë, hubo un momento que la poesía de Emily me parecía dificilísima, no sólo de traducir sino de comprender, no es fácil en verdad a pesar de que su forma externa es muy simple, pero la difícil es ella. Fueron necesarios cinco congresos internacionales sobre las Brontë y varios años de estudio de la literatura de las tres hermanas y su entorno para que se me hiciera la luz y me decidiera a emprender la traducción de esta fascinante y extraña mujer. Es verdad que contribuyó mucho a esto la lectura, más bien el estudio, de algunos capítulos de *Biographia Literaria* de T. S. Coleridge, el filósofo del Romanticismo.

Ya he nombrado a fray Luis de León, lo que no es ninguna novedad, pero he de volver a nombralo porque, no sólo tenemos en él un traductor de excepción, al que yo siempre me arrimo, porque es de los escritores que cobijan, sino que lo pasaba

Centro Virtual Cervantes

muy bien traduciendo, se acercaba a los textos amorosamente, por eso le salía tan bien, le gustaba lo que estaba haciendo, y nos cuenta cómo y por qué lo hace, comenta su quehacer y no oculta sus dificultades. En el prólogo de sus poesías dedicadas a D. Pedro Portocarrero nos habla de esas cosas: «De lo que compuse juzgará cada uno a su voluntad, —dice— de lo que es traducido el que quiera ser juez, pruebe primero que cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya... y guardar cuanto es posible las figuras de su original y donaire, hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas... lo cual no digo que he hecho yo... mas helo pretendido hacer». Esto es lo que pretendemos todos, pero no lo conseguimos como él. Y se enfada nuestro fraile cuando le critican «y el que dijere que no lo he alcanzado haga prueba de sí, y entonces podrá que estime mi trabajo más». Realmente es consolador nuestro fray Luis si éstas son sus experiencias con todo su saber y dotes poéticas, qué será para nosotros, pobres traductores del siglo XX. Es curioso que Fray Luis da más libertad a los supuestos jueces de su poesía original que a los de la traducida, como si le fuera más fácil escribir poesía que traducirla. Me gusta mucho que le dé tanta importancia a la naturalidad de la poesía traducida o sea que no se note que lo es. Comprendo —repito— que hablar tanto de Fray Luis es poca novedad, pero me resulta necesario porque es un escritor con el que me entiendo muy bien excepto cuando dice que imita las formas de hablar de nuestra lengua «..que la verdad responde con la hebrea en muchas cosas».

Quisiera que me explicara en qué, yo, fuera de que el complemento directo se construye con preposición, no veo más que diferencias.

Aún quisiera insistir en otro punto. En su dedicatoria de su *Libro de Job* dice que lo pone en verso imitando a «muchos santos y antiguos» porque así se aficionan algunos a las Sagradas Escrituras «que en mucha parte de nuestro bien consiste». Lo que quiere decir que una buena traducción en verso además de ser bella, bella como el original, es trascendente.

Naturalmente a pesar de esta vigencia de fray Luis y de su frescura —y lo mucho que a mí me cobija— su traducción del *Libro de Job* en tercetos, por ejemplo, nos resulta anticuada, en las traducciones modernas de los libros bíblicos se usan otras estrofas, porque las traducciones, todas, envejecen, no es que sean provisionales, como se ha dicho, simplemente envejecen, pero nunca quedan obsoletas, porque de ellas, aún al cabo de siglos, tenemos mucho que aprender.

Después de todas estas dichas y desdichas que experimenta el traductor de poesía, lo que desea en definitiva es que sus traducciones gusten a los amantes de la poesía y no se le ocurre otra cosa que repetir el salmo que el poeta hispano hebreo Ibn Gabirol pone como verso final de su Keter Malhut:

> Que esta palabra de mi boca y el pensamiento de mi corazón, encuentren, ¡oh Señor!, el favor buscado.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Rosa CASTILLO COFIÑO. Traducción poética

Centro Virtual Cervantes